

# Los pobres, la pandemia y la política

Aunque el virus contagia sin mirar a quien, sin diferenciar entre ricos y pobres; y según se dijo llegó con los que venían de vacacionar en el exterior, luego de varios meses – tal como lo anticiparon los científicos – se pasó al contagio comunitario. Y allí terminó la igualdad ante el peligro mortal. Los aglomerados urbanos más pobres, sin condiciones habitacionales y sanitarias suficientes y adecuadas para los cuidados primarios, son y serán mientras la pandemia dure, las principales víctimas. El presidente de la Nación Alberto Fernández dijo que “la pandemia reveló la desigualdad”. Y en función de esa realidad impulsó políticas para aliviar las situaciones más graves en los distintos sectores sociales, tanto empresariales como de los trabajadores; y especialmente de los más pobres, que ni figuran en bases de datos, para que les llegue el IFE (Ingreso Familiar de Emergencia) establecido por el Estado nacional. Fue importante la conducta social de la mayoría que asumió la dura realidad impuesta por el virus, y con conciencia ciudadana se comportó según las indicaciones de los estamentos gubernamentales, que se sustentaron en el consejo de los científicos. Como pocas veces visto el problema fue debatido por expertos médicos, quedando malhumorados los economistas y otros científicos y técnicos acostumbrados por décadas a dar sus recomendaciones como infalibles recetas médicas a esa otra “pandemia” de las crisis económicas. Las expresiones minoritarias de descontento lo fueron por mezquindad política o intereses económicos, que se hicieron evidentes por el manejo residual de importantes medios de comunicación. Los “anticuarentena” quisieron agitar el cansancio normal luego de tres meses de encierro, pero la población en general asumió una conducta responsable y fue acompañando las “flexibilidades” dispuestas

por los gobiernos en sus diferentes estamentos.

Es imposible abarcar en pocos renglones la complejidad de la pandemia que vivimos a nivel mundial. La primera que nos toca en nuestra corta vida y ¡esperemos pasarla como la última! Con un virus desconocido que los científicos intentan contrarrestar avanzando en sus investigaciones a paso acelerado. Los países del mundo lo padecen; y sobre la marcha los gobiernos han procurado distintas respuestas. Las muertes se muestran por miles; y la asistencia sanitaria ha variado según las políticas vigentes en cada nación, quedando a la vista la importancia del Estado, que los neoliberales siempre han querido achicar cada vez más. En Argentina los prototipos fueron Menem y Macri. Algunos que venían impulsando políticas neoliberales en sus países, como el presidente Macron en Francia, han descubierto que el Estado no puede ser reemplazado por el interés privado, que siempre ha considerado la salud como una mercancía. El país “faro” de los neoliberales con el presidente Trump a la cabeza, iluminó a algunos discípulos latinoamericanos. Jair Bolsonaro en Brasil, y otros, debieron apelar a fosas comunes para sepultar diariamente a sus muertos, causados por las políticas que priorizaron los intereses económicos de sus mandantes. En Argentina pareciera que la sabiduría popular intuyó la catástrofe; y el voto impidió que la pandemia cayera en manos de los que siempre vivieron en cajas de vidrio manoteando para el bolsillo propio; y se transformaron en “caceroleros” protestando por el obligado “parate” de los flujos financieros que no alcanzaron a fugar.

Los “popes” de la economía neoliberal, desde los medios de comunicación que hegemonizan, pretendieron desacreditar las políticas oficiales protectoras de la población, que por supuesto también los incluyeron. Reclamaron el fin de la “cuarentena”, pretendiendo instalarla como antinomia de la economía. La respuesta fue contundente: De la muerte no se vuelve. La economía puede recuperarse. Y de hecho de a poco retoma movimiento.

Mientras tanto, los argentinos – como a su modo los latinoamericanos y en otras latitudes – hemos experimentado la importancia de uno de los aspectos fundamentales de los derechos humanos básicos: No es posible la salud de la población, y especialmente de los más pobres, sin un Estado capaz de invertir recursos y organizar la infraestructura necesaria para un servicio eficiente. Las carencias en este sentido han sido tantas, que los esfuerzos puestos en este empeño, hasta el momento prometen

mejores resultados. Hay que añadirles el reconocimiento a los agentes sanitarios, siempre castigados con malas condiciones laborales y bajos salarios. También, la importancia del desarrollo científico. Por sólo mostrar un emblema ante la pandemia. El despojo del gobierno de Macri al Instituto Malbrán, los despidos de trabajadores de salud, la desinversión científica y sanitaria, quedó al desnudo, aunque algunos quisieron taparlo. Debemos aprender que las políticas antipopulares y las malas gestiones de gobierno se pagan con vidas. Y esto no es nostalgia ni discurso “setentista”!

Pero la importancia del estado no es sólo en el rubro de la salud. Si las políticas sociales hubiesen tenido alguna atención, serían mejores las condiciones de vida de los trabajadores, de los despidos, los desocupados, los precarizados, y en general de los empobrecidos por la aplicación de políticas de despojos y abandonos a cara descubierta del gobierno anterior. La falta de agua y cloacas en los asentamientos, las precarias instalaciones eléctricas, los planes de vivienda paralizados, y tantas otras necesidades básicas insatisfechas son la cara cruel que sin embargo no logró mover la sensibilidad de los beneficiarios de este sistema de injusta distribución de la riqueza.

### **Los miserables**

En este sentido, la pandemia ha mostrado además otras realidades. Una que merece destacarse es la existencia de los “miserables”, que son los que viven en la opulencia y están dominados por el egoísmo y la insensibilidad. El diccionario dice que miserable es el “pérfido, ruin, indigno, canalla, abyecto, mezquino, infame, vil, innoble, despreciable, tacaño, regatero, insignificante, desdichado”. Cada cual podrá aplicarse lo que mejor lo caracterice. Así como los patrones que despiden trabajadores fueron señalados como “miserables”, deberían incluirse los que rebajan condiciones laborales, salariales o haberes jubilatorios, aprovechándose de la “inmovilidad social” a la que toda la ciudadanía está obligada por el necesario aislamiento impuesto por la pandemia. Y no se excluye a los gobiernos provinciales y municipales, que además mantienen en la precarización laboral a los trabajadores contratados o monotributistas, necesarios para cubrir los “servicios esenciales” de salud, asistencia social y otras funciones, para contrarrestar la difusión del virus.

Pero no hay que confundir. Que algunos gobernantes, como lo suce-

dido en Córdoba, usen en modo mezquino la pandemia para tapar ineficiencias propias y ajenas del pasado, haciendo recaer hacia abajo el ajuste, no invalida la necesidad del Estado, que aún maltrecho, debe ocuparse del interés común. Y la ciudadanía, exigirselo, si no lo cumple. La masiva caravana de los médicos de Córdoba por la imputación judicial de alguno de ellos y la falta de equipamiento en los hospitales públicos – entre otras demandas –, fue una positiva y valiente expresión de protesta, que los gremios deberían imitar en resguardo de los derechos de sus afiliados, activos y jubilados.

Esta advertencia sobre la “confusión” es necesaria. Porque los predicadores del “sálvese quien pueda”, se escudan en esas deficiencias para demonizar uno de los instrumentos políticos que tienen los pobres para atemperar las desigualdades causadas por los beneficiarios de esos predicadores del individualismo. Lo que corresponde es demandarles mayores y mejores respuestas. Está claro que también habrá más recursos si se combate la corrupción. Pero el instrumento político fortalecido en una buena administración del Estado es fundamental para distribuir los roles de la ciudadanía y garantizar buenas condiciones de vida para todas y todos. La sociedad organizada según sus afinidades e intereses sectoriales ha establecido los espacios de disputa para la conducción política en la administración del estado. Pocas veces en nuestra historia los intereses de los más pobres han encontrado canales democráticos para acceder a esos ámbitos. Los poderes fácticos, con hegemonía del económico, lograron el sometimiento de las mayorías. Aun así, el pueblo empobrecido ha sabido encontrar formas de avanzar en la construcción de sus propios espacios de poder social.

Desde las luchas de resistencias de los “piqueteros”, en la última década del siglo pasado, surgieron como actores importantes los movimientos sociales que canalizaron la organización de los más pobres, los que habían quedado sin empleo y se fueron nucleando en villas y barrios a las orillas de los principales centros urbanos. Muchas de esas organizaciones se mantuvieron haciéndose cargo de las necesidades comunes, por reclamo o por propia gestión, con gran protagonismo de las mujeres. Las ollas populares, los comedores comunitarios, los merenderos, ampliaron su integración en micro emprendimientos o cooperativas de trabajo que hicieron posible la subsistencia y en muchos casos fueron articulándose en la economía social, con apoyo del estado. Esos movimientos populares tuvieron y tienen un rol fundamental para enfrentar

la pandemia. Allí es donde mejor se vio el ejercicio de la solidaridad y la importancia de estar organizados. Aún con altos costos, como la vida de Ramona Medina y otros dirigentes villeros contagiados de COVID19. Una larga práctica sustentó este comportamiento comunitario, aún en las condiciones materiales más adversas que las de sectores medios mejor establecidos.

“El que no corre, vuela”, dice el refrán. Los mismos despotricadores contra el estado porque asiste a los “choriplaneros”, han reclamado el subsidio estatal, que el gobierno nacional les otorgó, aún a costas de reducir sus recursos para otras políticas sociales. El auxilio crediticio a tasa cero y monetario para cubrirles gran parte de los salarios de los trabajadores, además de evitar los despidos, fueron para sostener el aparato productivo y comercial, que los empresarios deberán reconocer cuando se regularice la situación. Y comprender – como parece entenderlo la pequeña y mediana empresa en sus distintos rubros – que a sus trabajadores también los necesita como consumidores. Pero no aprovecharse, como pretendieron hacerlo los funcionarios de algunas de las empresas del “miserable” apuntado por el presidente de la Nación. Aunque no lo nombró se refería a Paolo Rocca, uno de los más ricos del país, que mostró su miseria al despedir 1500 obreros de una de sus empresas. Y encima sus altos funcionarios pretendieron anotarse en los listados para que el Estado nacional les abonara el porcentaje salarial, dispuesto para los trabajadores ante la obligada paralización de las actividades económicas.

### **Distribuir las riquezas**

Es hora que los que más tienen pongan más. La pandemia nos ha brindado la posibilidad de conocer las mezquindades de los/as grandes ricos/as del país. Argentina es uno de los pocos países donde los enriquecidos pagan menos impuestos que la mayoría de los trabajadores, a quienes mes a mes se les descuenta el “impuesto a las ganancias”, como si la retribución salarial por lo trabajado pudiera equipararse a las “ganancias” de la empresa.

El gobierno nacional propuso que los 12.000 super enriquecidos efectuaran un “aporte extraordinario” para paliar los gastos de la pandemia. Y envió el proyecto al Congreso, donde no faltaron los pataleos. Una ínfima minoría de los que más tienen, en relación a los 44 millones y medio de argentinos. Una ley que les sacara del bolsillo lo que no hicie-

ron por propia voluntad. Pero otro porcentaje de ciudadanos, con bolsillos más chicos pero con cabeza agrandada, ya sea por la ambición nunca cumplida de integrar alguna vez ese pequeño núcleo, o ya por servilismo político, han prendido la vieja alarma desconectada del “comunismo”. ¡No les alcanzó para mayor creatividad! Y se han sumado al reclamo ajeno como si los poderosos fueran generosos de compartirles alguna migaja. Esa clase media embobada que siempre mira para arriba esperando le lluevan las pepitas de oro, debería convencerse que si alguna vez pudo progresar fue cuando miró a los costados y se sumó a los trabajadores que luchaban por mejores condiciones de vida.

El paliativo del “aporte por única vez” de los multimillonarios, debería transformarse en un impuesto permanente destinado a un fondo solidario para hacer posible esa propuesta del “salario universal” que el Papa Francisco, ha postulado en línea con la encíclica *Laudato Si*, donde afirmó que: “El principio de la subordinación de la propiedad privada al destino universal de los bienes, y por tanto, el derecho universal a su uso es una ‘regla de oro’ del comportamiento social y el ‘primer’ principio de todo el ordenamiento ético-social”. La CEPAL (Comisión Económica para América Latina y el Caribe) también lo propuso para toda la región. Alicia Bárcena, Secretaria Ejecutiva, planteó para la pospandemia “un Estado de Bienestar con base en un nuevo pacto social (fiscal, social y productivo) que incluya la universalización de acceso a los derechos, ingreso básico universal y un sistema de cuidados. Debemos impulsar la integración regional en una nueva geografía económica”. “Se requieren – dijo - pactos fiscales progresivos con mayores impuestos directos sobre la renta personal, especialmente del 1% más rico, con el fin de avanzar hacia un modelo de desarrollo más inclusivo y sostenible basado en una nueva relación entre el Estado, la sociedad y el mercado”.

### “Sobre llovido, mojado”

Por si fuera poco con la pobreza, que hasta los economistas neoliberales pronostican que alcanzará al 50 %, los fondos buitres tironean para que se les pague la supuesta “deuda externa” en dólares, que sus alfiles hicieron crecer estando de los dos lados del mostrador, con las disposiciones del ex presidente Macri que les facilitó la fuga. Esta otra pandemia ya hizo que 76 países del mundo suspendieran sus pagos. El mismo FMI (Fondo Monetario Internacional) y el Banco Mundial – que no están ma-

nejados por las buenas señoras de Cáritas – han reclamado condonaciones de deudas a bancos, fondos buitres e inversores privados. El presidente Alberto Fernández ha dicho que no se pagará a costas de las necesidades del pueblo. Y les ha recordado a los que ajustan la soga, la repetida frase de Néstor Kirchner: “los muertos no pagan”. Cómo será la voracidad de los fondos buitres, que un alto vocero del FMI, Gerry Rice, ha hecho declaraciones sospechadas de “comunismo” al afirmar que “el acuerdo con acreedores privados debe permitir encarrilar la deuda de forma sostenible y permitir un crecimiento fuerte e inclusivo”. Se trata en realidad de sabiduría capitalista: Hay que apretar pero no ahogar.

Expresión simbólica que en EEUU tuvo una dramática, trágica y vergonzosa realidad. El alevoso crimen del afroamericano George Floyd, literalmente asfixiado por la policía blanca. Fue el detonante de las mayores manifestaciones de repudio al racismo en el país imperialista, que atesora una criminal historia de discriminaciones y desigualdades. El presidente Donald Trump hizo su aporte con el irresponsable manejo de la pandemia; pero ante la magnitud de las movilizaciones en todo el país, pretendió lavarse la imagen posando con la biblia en sus manos, lo que le valió el repudio de la obispa anglicana y el arzobispo católico de Washington. Igual utilización espuria de la religión se viene haciendo en países de Latinoamérica y el Caribe. Los últimos y más cercanos: Enarbolando la Biblia, la imagen de la Virgen María y la bandera de Bolivia, Luis Camacho, el rico empresario de Santa Cruz, encabezó el derrocamiento del gobierno popular de Evo Morales, para instalar a Jeanine Añez como presidenta de facto. Y el conservador Jair Bolsonaro, presidente de Brasil, y sus invocaciones religiosas, ostentando la palabra “Jesús” en remeras exhibidas en sus presentaciones públicas. En este país no es novedad. Aquí desde hace años lo “religioso” tiene expresión política en los llamados “partidos evangélicos”, con varios escaños en el parlamento brasileiro. Inspirados en el “neopentecostalismo espiritualista”, predicán la teología de la prosperidad y el combate al mal, al demonio y al comunismo mediante la “doctrina de la guerra espiritual”. Estas rápidas menciones políticas no nos eximen de la necesidad de un análisis más profundo y complejo sobre los nuevos fenómenos religiosos, que es necesario debatir para comprender los cambios culturales y las conductas electorales, entre otros aspectos.

Pensadores de diversos países y especialidades han abundado con

sus reflexiones en estos meses de pandemia. Unos buscando causas, otros haciendo pronósticos. Lo concreto es que la magnitud de la pandemia, que en algún momento pasará como ha sucedido en otras épocas, hace difícil imaginar el futuro de la humanidad en su complejo mundo de relaciones. Entre lo que sí puede afirmarse es que se perciben cambios con trascendencia, donde está la oportunidad para combatir las desigualdades y salvar la castigada “Casa Común”. En este horizonte de esperanza es fundamental la conducta solidaria que en los peores y más peligrosos momentos de la pandemia han demostrado los más expuestos, por las múltiples carencias que padecen al no contar con condiciones adecuadas a una vida en dignidad. Los empobrecidos – por el acaparamiento de unos o el mal gobierno de otros, o ambas cosas a la vez – han ejercitado la solidaridad, sea por necesidad, sea por conciencia comunitaria, sea por modos de vida o cultura popular. Y esto, que aparece en escena cuando la dura realidad pareciera aplastarlo todo, es la práctica que los refugiados en los reductos amurallados debieran mirar, para comprender que la humanidad crece cuando hay generosidad, amor, encuentro, fraternidad, libertad y oportunidades para todas y todos. El aislamiento social obligatorio que nos impusieron para cuidar nuestras vidas, terminará con la pandemia. Pero debiera ser también un aprendizaje de los meses de cuarentena, que la vida se vive en comunidad, solidariamente, sin seguir aprovechándose de los otros, con el corazón abierto para tender y abrir las manos a los que no pueden sostenerse solos alrededor de la gran mesa de la casa común.

Para que esto sea posible, bueno es mirar el camino ya recorrido en la historia. Y aprender a utilizar mejor las herramientas construidas para vivir en una sociedad justa, libre y solidaria. Tanto la política, en primer lugar, como la economía, la educación, la religión y la cultura en general son esos instrumentos, a veces desvalorizados por las malas prácticas, a los que debemos apelar, reformulando, para construir, mejorar y fortalecer las relaciones materiales y espirituales de las personas en comunidad.

Junio 2020

Luis Miguel Baronetto | CTL